

sacramentalmente á cada hora, suplen su efecto comulgando *en espíritu*. ¿Cómo se hace esto? ¿En qué consiste su esencia?

12. Llámase COMUNIÓN ESPIRITUAL *el deseo ardiente de recibir el Cuerpo, la Sangre, el alma y la divinidad de Jesucristo, tal como se halla en el Sacramento de la Eucaristía*; es el acto de nuestra voluntad, uniéndose á Jesús sacramentado, entregándose á El, adorándole y amándole como si realmente se le hubiera recibido bajo las especies sacramentales; es corresponder al llamamiento del divino Salvador cuando dijo: *Mis delicias son el estar con los hijos de los hombres*; es proporcionarle á Jesús ese gozo y á nuestra alma gran provecho. La *Comunión espiritual* es tan agradable á Dios, que muchas veces ha querido manifestarlo hasta con milagros. Clarísimo fué el que aconteció á la venerable Juana de la Cruz, pues el Señor se dignó manifestarla que todas cuantas veces ella comulgaba espiritualmente, recibía en su alma la misma gracia que si hubiera recibido en realidad el Santísimo Sacramento (1).

13. Ya se comprende que, en igualdad de disposiciones y circunstancias, recibirá el alma más gracias comulgando *sacramentalmente, por virtud del Sacramento mismo (ex opere operato)*, pues en la Comunión espiritual la gracia que se obtiene es sólo *por razón del que obra (ex opere operantis)*; sin embargo, tal puede ser el deseo, y la fe, y la caridad, y el fervor del que comulga en espíritu, que aventaje en mucho al que tibia y remisamente recibe la sagrada Eucaristía.

Son indecibles los provechos que trae á las almas este piadoso ejercicio, pues cuando se hallan legitimamente impedidas de alimentarse con el Pan de los ángeles, forman un altar dentro de sí mismas, avivan su deseo de recibirle y con la intención pura y la voluntad devota perciben la suavidad y el fruto del Sacramento. Y como esto pueden repetirlo muchas veces al día y siempre que quieran y con igual provecho, sin que haya ocasión de vanagloria y sin permiso de los confesores, calcúlese el inmenso tesoro que tenemos en la Comunión espiritual. La bienaventurada Agueda de la Cruz, religiosa dominica, de tal manera ardía en el amor y deseo del Santísimo Sacramento, que si su confesor no la hubiera enseñado este modo de comunión espiritual, le parecía imposible vivir; y en conformidad con esto comulgaba espiritualmente cien veces cada día y otras cien cada noche. (Parra, *De Eucaristía*, plát. XII.)

(1) Martínez de la Parra, *De Eucharistia*, plat. XII.

También leemos de la Beata Margarita María de Alacoque que el divino Salvador le habló de esta manera: «De tal modo me agrada que un corazón desee recibirme en mi Sacramento de amor, que cuantas veces tiene estos afectos, otras tantas le atraigo amorosamente hacia mí.» (Ortúzar.)

¿Hay quien se queje de ser pobre en bienes espirituales teniendo á su disposición la fuente inagotable de todos ellos?

14. Y lo más consolador es la facilidad y frecuencia con que dicha comunión espiritual puede hacerse, pues basta que el alma con piadoso afecto desee unirse á Jesús sacramentado, y le adore y ame como si realmente le hubiera recibido, para que disfrute de los suaves deleites y gracias que otros reciben en la Comunión Sacramental. Claramente lo expresó el sagrado Concilio de Trento, diciendo que *comulgan en espíritu aquellos que reciben el Pan celestial con el deseo y preparación de sus corazones, y por medio de una fe viva, animada de la caridad, perciben el fruto de él, aunque no le puedan recibir sacramentalmente*.

15 Tres cosas, como se ve, exige el santo Concilio para hacer cual conviene la comunión espiritual: 1.^a *Un acto de fe*, considerando á Jesucristo realmente presente en la Sagrada Eucaristía.—2.^a *Un acto del entendimiento*, figurándose como asistiendo á la sagrada mesa y recibiendo la santa Hostia de manos del sacerdote.—3.^a *Un acto de acción de gracias*, lo mismo que si en verdad hubiera comulgado sacramentalmente. Todo esto radicando en el *estado de gracia*, pues si el alma estuviere en pecado mortal, es preciso que haga un acto de verdadera contrición para no perder los frutos de la comunión espiritual; que por eso el Tridentino exige *fe viva* ó sea *informada por la caridad*.

Y consuela mucho saber que tal modo de comulgar en espíritu y en deseo puede realizarse lo mismo en casa que fuera de ella; lo mismo una vez que ciento en cada día; lo mismo antes que después de comer; lo mismo por la mañana que por la tarde, si bien es cierto que el tiempo más oportuno es en la santa Misa y cuando el sacerdote comulga; pues entonces se muestra el Señor presente á nuestros ojos bajo las especies sacramentales y es más fácil que nuestro corazón se inflame en amor ardiente hacia su divina Majestad (1).

En cuanto á la manera práctica de realizar devoción tan su-

(1) Véase Scaramelli: *Directorio Ascético*, tr. I, n. 441, y el P. Rodríguez, tratado XVI, cap. XV.

blime, hállese determinada en multitud de libritos piadosos; y porque éste no carezca de ella, copiamos de un devoto asceta la fórmula siguiente:

16. «Llegado el momento de hacer la comunión espiritual, da una ojeada á tu propia conciencia, y si te hallares reo de alguna culpa mortal, procura ponerte en gracia de Dios con un acto de contrición; y luego con gran reverencia exterior y recogimiento de espíritu, dirás: «¡Oh Jesús y Redentor mío! Yo creo firmemente que estáis en realidad presente en el Santísimo Sacramento de vuestro amor, en donde habéis querido quedaros hasta el fin de los siglos, para ser Víctima de expiación por nuestros pecados y alimentar nuestras almas con vuestro Cuerpo y con vuestra Sangre preciosísima. ¡Oh! ¡Qué dichosos son los que, revestidos de la rica vestidura de la gracia, se acercan á tan soberana Mesa y toman parte en este celestial convite! ¡Oh! ¡Qué dichoso sería yo si pudiese en este momento ser del número de estas almas amigas vuestras y recibirlos en mi pecho! Mas ya que no soy digno de tan soberano don, aceptad por lo menos estos mis deseos, y haced que mi pobre alma recoja las sobras de este celestial convite, concediéndole alguna partecita de los riquísimos frutos espirituales que comunicáis á los que dignamente os reciben!

»Luego imagínate que le recibes en efecto, quedándote en silencio: adórale profundamente como si estuviera en tu corazón: dale gracias y pídele que te enriquezca con sus dones, considerándole en cada uno de los días de la semana bajo un título diferente. El domingo como á *Santificador* de las almas: el lunes como á tu *Rey* y *Señor*: el martes como á *Esposo* de tu alma: el miércoles como á tu *Pastor*: el jueves como á tu *Juez*: el viernes como á tu *Redentor*: y el sábado como á *Médico* celestial, pidiéndole cada día alguna gracia correspondiente á aquel título. Por este medio hallarás en la comunión espiritual un tesoro inagotable con que enriquecer tu alma con los más preciosos dones. No tendrás la dicha de acariciar en tus brazos al divino Infante, á semejanza de San José, pero sí podrás considerarle encerrado dentro de tu corazón.»

Tal es la práctica usual ordinaria que conocen todas las personas devotas, y que puede servir, ya como preparación para comulgar sacramentalmente, ya para visitar entre día con fruto el Santísimo Sacramento.

17. Ahora, resumiendo en breves palabras todo lo dicho, sacamos por consecuencia que es sobremanera interesante acudir

frecuentemente á la fuente de la gracia y de la misericordia, que es la Mesa eucarística. No hay peor enfermedad para el alma que llegar á no tener apetito de recibir el sagrado Pan de los ángeles: que el enemigo de las almas, sabiendo el grandísimo fruto y remedio que hay en la sagrada Comunión, trabaja cuanto puede, sin perder medio ni ocasión de retraer y estorbar á los fieles devotos; que los pretextos que muchos suelen poner para cohonestar su desvío del manjar eucarístico, son excusas vanas, que no tienen razón de ser y que no serán admitidas delante de Dios; que son incalculables los daños que de ello se siguen, tanto á ellos mismos como á las familias y á las sociedades en general: que cuando el hombre se hallare legítimamente impedido, debe tener siempre buena voluntad y devota intención de comulgar, para no carecer del fruto del Sacramento; que el mismo deseo de recibir al Señor hace veces de Comunión y produce en nuestra alma hermosísimos frutos, en ocasiones tan copiosos y más que si realmente se comulgara.

Concluyamos, pues, con el piadoso Kempis, diciendo: «¡Oh inefable gracia! ¡Oh maravillosa bondad! ¡Oh amor sin medida, singularmente reservado para el hombre! ¿Qué daremos al Señor por esta gracia, por esta caridad tan grande? No hay cosa más agradable que le podamos dar que nuestro corazón todo entero, para que esté unido con El intimamente... *Si tú quieres, Señor. estar con nosotros, nosotros queremos estar contigo. Este es todo nuestro deseo, estar unido á ti en tiempo y eternidad.*» (Libro IV, cap. XIII.)